

«Así se hizo...»

Desde hacía mucho tiempo me rondaba la idea de escribir una novela sobre mi generación, o más bien sobre un grupo de personas de mi generación, el que me resultaba más cercano y conocido. La imaginaba borrosamente como protagonizada por numerosísimos personajes, una especie de novela-río coral de gran envergadura, lo cual en el fondo no hacía sino disuadirme de escribirla. Sin embargo, un día de invierno de hace un año la buscada trama se me apareció en su forma actual, mucho más modesta y accesible, mucho más austera, mucho más minimalista, mucho menos épica y más lírica. Lo que al final resultó me parece una especie de *Bildungsroman* negativo, una cierta *deserción* de la novela de formación.

Lo importante para mí, en todo caso, era esbozar un cierto retrato de mi generación (o de una parte de mi generación, la que no aceptó el *statu quo* y la que lo tuvo más difícil), que yo veía como opuesta a la de mis padres, que fue la de los artífices de la Transición y del fin del franquismo. Considero a gran parte de esas personas —y en eso me incluyo— como las primeras que ya no se creían, desde la adolescencia, ese relato de la Transición, como la primera generación para la que la Transición ya era algo obsoleto, algo que había que superar, pero que ofrecía una tenaz resistencia al más mínimo cambio real. Si la generación de mis padres luchó por derrocar el franquismo y acceder a la democracia, yo veo a la mía como la primera que quiso luchar, de forma bastante difusa, por derrocar el régimen de la Transición para acceder a una democracia más participativa y directa, sin partidos, o a algo distinto y más justo. Todo eso estalló con especial fuerza en el 15M, en el que muchas de esas personas vieron la oportunidad de intentar derrocar el régimen. Pero tanto esta como la generación siguiente, que también luchó en ese levantamiento civil, fracasaron. En ese sentido, la novela describe, entre otras muchas deserciones, la deserción de la Transición y lo que esta significa.

La novela, en efecto, plantea diversos planos de deserción. El más evidente es la deserción de la vida urbana y del trabajo asalariado, y a mayor escala la (¿imposible?) deserción de la sociedad capitalista, pero hay muchos otros: la citada deserción del discurso político mayoritario, la deserción del Arte y de la Literatura como instituciones, la deserción de la familia, la deserción del argumento, e incluso, al final, la deserción del lenguaje (o al menos del lenguaje convencional de la novela) y la deserción de la categoría sujeto misma. Seguramente el/la lector/a podrá encontrar otras

deserciones que se le escapan al propio autor. Y, por último, la novela no deja de ser, después de todo, una historia de amor.

Al escribirla he tenido presentes, y eso creo que es bastante diáfano, sobre todo las novelas de Samuel Beckett de los años cincuenta, que culminan en *Cómo es*, y que en cierto modo han sido siempre una referencia para mí en lo que a narrativa se refiere. También algunos textos del *nouveau roman* francés (sobre todo de Nathalie Sarraute), de autores de Oulipo (descendiente directo de los anteriores) o de Clarice Lispector y su demoledor lirismo. Naturalmente, en mi caso, también del surrealismo y su afán de ruptura de lo dado y de apertura a nuevas formas de decir el mundo; a la postre, esa tarea de renovación de la novela que emprendieron James Joyce, Virginia Woolf y Beckett (cada uno a su manera) bebe de las mismas fuentes que el surrealismo (el flujo de lo no consciente bajo la consciencia, la libre asociación, la operación sobre el lenguaje).

Con respecto al estilo, la estructura de frases o párrafos cortos separados me parece que refleja bien la atomización y fragmentación absolutas de la vida y de la conciencia dentro de la sociedad capitalista actual, que tiende a una segmentación y descomposición de la realidad en unidades mínimas mensurables e instrumentalizables. Recuerda también a la atomización y fragmentación del discurso que imponen las redes sociales y sus mensajes breves de texto. El resultado final, por otra parte, es una mezcla de texto narrativo, poético y dramático que hace difícil distinguir a cuál de los tres géneros pertenece: a veces parece una novela, a veces parece un poema, a veces un texto para teatro, y en cierto modo es las tres cosas a la vez.